

Don Agustín, el hombre

JUAN MARRERO PORTUGUÉS

El recuerdo que tengo de Don Agustín es imborrable, aunque mi trato personal con él fue corto y tardío y solo durante su última y definitiva estancia en nuestra isla.

Naturalmente, Don Agustín Millares, era para los jóvenes de nuestra generación, una especie de mito, como un maestro de maestros, que se movía sigilosamente entre Méjico y Venezuela. Fue de éste último país, del que tuve noticias más concretas de sus andanzas, gracias a nuestro querido paisano Carlos Sánchez, colaborador suyo en la Universidad de Maracaibo.

Como a mediados de los años sesenta, Don Agustín estuvo en Las Palmas por muy poco tiempo, para impartir un ciclo de conferencias en la Universidad Internacional de Canarias, y fue entonces cuando simplemente, le saludé por primera vez, con motivo de una visita informal que le hizo en su despacho, al entonces Alcalde D. José Ramírez Béthencourt con quién ocasionalmente estaba en aquel momento. Me llevé una grata impresión, como aquel hombre, con tan enorme prestigio y no desdeñable aspecto físico, se comportara con tanta naturalidad y sencillez.

Casi una década después, Don Agustín se viene definitivamente a su isla. Por aquellas fechas, en mi calidad de Director General de la entonces Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria, había participado en la fundación del Fondo para la Investigación Económica y Social de la Confederación Española de Cajas de Ahorros y allí entablé una buena amistad con dos jóvenes profesores universitarios, José López Yepes y Félix Sagredo Fernández, que conoedores de mi procedencia canaria, se mostraron entusiastas admiradores de

mi paisano Don Agustín, a quien no conocían personalmente, pero al que consideraban uno de los intelectuales españoles más destacados del siglo, merecedor de un homenaje nacional.

Aquella idea del homenaje nacional, fue liderada entonces por la Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria, que después de considerar varias posibilidades optó por un procedimiento que nos pareció entonces innovador, al menos en el ámbito de nuestro entorno: recoger en una obra, que fuera después bien editada en su honor, una serie de trabajos científicos relacionados con las disciplinas más cultivadas por el propio Don Agustín, y escritas por quienes fueron sus discípulos, colaboradores o compañeros en los diversos centros en los que desarrolló su trabajo: Universidades, Instituciones Científicas, Archivos, Bibliotecas. . . y así, de ésta forma quedaría un testimonio permanente de nuestra admiración y respeto hacia él.

El proyecto se llevó a cabo en 1.975, con la colaboración del Fondo para la Investigación de la Confederación Española de Cajas de Ahorros, alcanzando tal éxito en adhesiones, que fue preciso realizar una cuidadosa selección de los trabajos presentados. La obra, realizada en dos tomos, de casi ochocientas páginas cada uno, recoge más de setenta trabajos de investigación y fue distribuida entre las Bibliotecas e Instituciones Culturales de las islas. Supongo, que seguirá siendo un libro de consulta para los estudiosos.

Con este motivo, mis contactos con Don Agustín comenzaron a menudear y fue un motivo para acrecentarlos, cuando le hice partícipe de la ilusión que habíamos puesto sobre el proyecto de la futura Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), cuyo establecimiento en Las Palmas estábamos negociando intensamente. El compartió con nosotros, con el entusiasmo que le caracterizaba, esta bonita idea, hoy espléndida realidad.

Fue precisamente en el salón de actos del Centro Regional de la UNED, una vez inaugurado, en donde Don Agustín pronunció una magnífica conferencia relacionada con su “Corpus de códices visigóticos”.

Otro proyecto, del que fue mi confidente Don Agustín, y que desgraciadamente no llegó a cristalizar definitivamente, fue la DAF, (División de Asistencia a la Formación) que coordinaba el Profesor Pepe Doreste Abreu, dentro de las actividades sociales de la Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria, de la cual él era su principal responsable. Se trataba de prestar ayuda técnica y muy específica, en una primera fase, a los pedagogos vinculados a la enseñanza especial que la Caja Insular patrocinaba, para poco a poco, hacerla extensiva a la enseñanza en general.

Por entonces, por razones que ellos sabrán precisar mejor yo, Germán Luzardo, Lothar Siemens y Juan Antonio Martínez de la Fe, habían institucionalizado, por decirlo de alguna forma, una comida periódica, a base siempre del tradicional “caldo de pescado” , que tanto le encantaba a Don Agustín,

seguramente más por la oportunidad de charlar, que por razones culinarias. A alguna de esas comidas fui invitado, y como consecuencia de la celebrada en Febrero de 1976, Don Agustín me envió la siguiente carta, que guardo como una auténtica joya:

Mi querido amigo:

Plinio el Joven, en una de sus tan celebradas epístolas, invitaba a un amigo a comer en su casa y le sugería que si deseaba hacerlo a su gusto, llevase consigo los manjares. Cuando Vd. invita, querido D. Juan, no solo no hay que llevar ni el enyesque ni el alimento, sino que Vd. los brinda insuperables y con la añadidura, inestimable sobre todo en estos tiempos — de la amistad, la cordialidad y el afecto.

Guardaré siempre gratísimo recuerdo de aquel caldo de pescado y tengo muy presente el asunto del DAF. Con esto quiero decirle que el día y hora en que a Vd. le parezca bien acudiré gustosísimo a donde me indique para celebrar la entrevista de la que Vd. me habló.

Reciba entretanto un cariñoso saludo de s.s. y a.

Agustín Millares Carlo.

Una carta entrañable, muy propia de su manera de ser.

En un momento determinado de su última estancia entre nosotros, Don Agustín se viene a vivir a Tafira Alta, muy cerca de mi propio domicilio. Una tarde me visita para hacerme una proposición inesperada: Sus hijas se han traído de Méjico una hermosa perra, con la que están muy encariñadas. Su raza es de pastor alemán y su veterinario Manolo Arencibia, otro querido amigo, les ha aconsejado, que dado el estado de celo en que se encontraba la perrita, sería conveniente cruzarla con otro buen ejemplar, naturalmente de la misma raza, recomendándoles, enseguida, que la mejor pareja que el conocía, era un perro de mi propiedad, que tenía un magnífico pedigrí, cosa absolutamente cierta. “Slim”; que así se llamaba mi perro, me lo había regalado unos buenos amigos alemanes, que lo acompañaron con la debida documentación oficial que lo acreditaba como un formidable ejemplar.

Don Agustín me pidió entonces, con esa forma tan peculiar y elegante con que planteaba sus cosas, que si podía acceder a éste “intercambio amoroso”, cosa que consentí enseguida y encantado. Su segunda petición era, que aunque, por lo visto, la costumbre exigía que su animalito viniera a mi casa, a encontrarse con su “presunto novio”, sus hijas se resistían a separarse de ella, “pues la perrita era tan buena y delicada, que temían se asustara en un lugar que no conocía”, por lo que me rogaba que fuera mi perro a la de ellos, petición que naturalmente también consentí, con la certeza que mi perro la recibiría con mayor satisfacción, que la que yo quería darle al bueno de Don Agustín.

Pasaron unos pocos meses y cuando yo ya me había olvidado de aquel encuentro, una tarde tocaron al timbre de mi casa y fui personalmente a comprobar quién llamaba. Me llevé una grata alegría. Detrás de la cancela estaba Don Agustín. Corrí a recibirle y cuando le abrí, en sus brazos descansaba un hermoso cachorro que no había observado en mi primer vistazo.

Juan Marrero, —me dijo, con una sonrisa muy suya, entre pícaro y burlesco— le traigo el “fruto” del encuentro que habíamos pactado. Además, ya viene bautizado. Como mi perra se llama “Aída”, su cachorro tendrá que llamarse “Radamés”. A partir de ahora, ya somos consuegros políticos.

Así era Don Agustín de humano y sencillo. Aquel gesto de tamaño “cacho de hombre” desplazándose hasta mi casa, para llevarme personalmente al perrito, me impresionó vivamente.

De lo que nunca informé a Don Agustín, es que el nombre “Radamés” duró en mi casa muy pocos minutos. Mi hijos ya habían rebautizado al cachorro, con el nombre de “Quido”, que figuraba en el pedigrí de su padre, como un famoso antepasado.

Ese fue el hombre que yo conocí.